

## 29 - EL DIPUTADO



Decía que se llamaba Joseba Koldo G. Bilbao, aunque en su documento de identidad ponía José Luís González Bilbao. Su padre, José Luís González Rodríguez (fallecido siete años antes) había llegado a finales de los cincuenta, con poco más que lo puesto, de Allariz (un pueblo orensano que, por aquellos años, perdió en la emigración casi la mitad de su población) cuando la pequeña villa de Ermua caía presa del boom inmobiliario que le ha dado su caótica imagen actual. Empezando de simple albañil, a base de trabajo e ingenio, Pepe el Gallego (así le llamaban) hizo fortuna apoyándose en sus propios paisanos, a los que fue llamando para trabajar en sus obras, hasta convertirse en el primer constructor de viviendas del pueblo. Con los años, trasladaría su actividad a Eibar, donde pasó a construir edificios de mayor calidad y relieve social, fijando su residencia en la llamada Torre Unzaga (el más alto de todos) que levanto en pleno centro junto a la plaza del Ayuntamiento y donde paso a residir con su familia, ocupando un gran ático dúplex en la planta veinticinco.

José se casaría con María Aránzazu Bilbao Goenaga (la Mari para las vecinas) hija única de una acaudalada familia de Mallabia, de tradición carlista-nacionalista, que solo veían en él a un maketo que no tenía donde caerse muerto. Convencidos de que, a pesar de su bigote, su hija (única heredera de uno de los baserris más ricos de la comarca) merecía bastante más, se opusieron al matrimonio con el gallego, pero el amor (como en un zortziko romántico) triunfó, y fruto de él vinieron tres hijos, dos varones y una hembra. José Luís (Pepín le llamaban en casa) sería el benjamín.

Estudió bachillerato con los Maristas de Eibar y derecho con los Jesuitas de Deusto, siendo en general un estudiante gris que nunca destacaría en nada. Larguirucho, desgarrado, cargado de hombros, nariz aguileña, gafas gruesas, de andar patoso por sus pies planos, fama de pajillero y

negado para la práctica de cualquier deporte, sus compañeros, haciéndole objeto de toda clase de chanzas y bromas nunca contaban con él. Pero mientras los otros perseguían al balón, él observaba desde la distancia acumulando rencor, y reflexionando sobre las grietas que ofrece la vida para medrar y conseguir un buen lugar desde donde dominar el mundo. Por eso sorprendió a todos que, el hijo de Pepe el Gallego, resultara designado para el cargo de Diputado de Comercio, un Departamento sin otro contenido real, que el trabajo sucio de recaudar fondos para financiar al partido. Con los deberes bien hechos, en las siguientes elecciones daría el salto y sería postulado para Diputado General.

Padre de dos hermosos retoños, estaba casado con Karmele Goñi, hija de un histórico burukide guerniqués que ejercía de mandamás en el partido. No fue precisamente una boda por amor. Frío y calculador, vio en Karmele (que por cierto era bastante hombruna) la palanca que necesitaba para ascender hacia los altos cargos del partido. Pero su ascendencia gallega le pesaba en su carrera como una losa, así tuvo que comenzar desde abajo, adoptando el modelo de buen chico, modesto, trabajador, servicial, sin ambiciones e integrado en el modelo cultural definido por el partido, para los hijos de la inmigración. Más nacionalista que nadie, en él se cumplía el dicho de que, los más duros e intransigentes suelen ser casi siempre los conversos. Sin embargo, su intuición política también le decía que, para ascender en el partido, había que estar atento al rolar de los vientos, así que tan pronto era autonomista como independentista. Cuando llegaban las elecciones, estaba en primera fila repartiendo propaganda y pegando carteles. Sin dejar pasar una, se dejaba ver en todos los mítines y manifestaciones, coreando las consignas con su voz atiplada hasta enronquecer. En las barras de los batzokis, invertía horas y horas con los afiliados en rosarios de txikitos, canciones patrióticas y encendidas conversaciones banales. En el mundillo político del partido algunos decían que era un trepa, pero sabía adular, tenía la virtud de la constancia y aunque no era inteligente, era lo suficientemente listo como para ir ganándose a pulso los apoyos necesarios, hasta conseguir tejer una malla de relaciones, que con el respaldo de su suegro le llevarían a la cumbre. Su carácter vengativo (era de esos que la guardan para siempre) despótico, soberbio y arrogante (características contenidas hasta su llegada al poder) producía más de una úlcera en el partido, consecuencia también de su incontinencia verbal en los debates políticos. Pero a pesar de todo estaba en el machito, con consistentes apoyos y en la línea de salida para llegar a Lendakari en la próxima renovación del Gobierno Autónomo.

Su madre, cuyo origen le proporcionaba el apellido y la homologación necesaria, para resultar a los ojos de la militancia un vasco de primera, le estaba creando últimamente algún problemilla, pues después de enviudar le había dado por pasar temporadas en Benidorm, lo que no estaba muy bien visto entre las familias de los burukides. Si bien no pudo impedir que con setenta años, la señora se quitara de la noche a la mañana el luto y a pesar de sus desbordantes y derruidas carnes, se encasquetara un bikini y se pusiera a tomar el sol en la playa, consiguió al menos desanimarla, para que no comprara un apartamento para vivir allí todo el año, tal y como era su pretensión. Madre e hijo llegaron a un compromiso: sus estancias podrían ser frecuentes, pero discontinuas y aunque resultara más caro, las pasaría en un buen hotel, a resguardo de posibles críticas. Y así fue cómo la señora madre del Diputado General, pasó a convertirse en una de las clientas más distinguidas y respetables de las exclusivas suites del Hotel Don Pancho. Pero lo que se había presentado como un problemilla más o menos encauzado, se transformó en un problemón, cuando Pepín se enteró, de que su amatxu se había echado de gigoló a un albañil asturiano, con quien compartía hotel y a quien cubría con toda clase de atenciones. En esta ocasión, su presión solo consiguió que mantuvieran las formas, ocupando habitaciones separadas. En el fondo temía que si aquel capricho loco se llegaba a difundir por Eibar, podría resultar catastrófico para su carrera política. Así que no regateó esfuerzos para quitárselo de la cabeza o cuanto menos para ocultarlo. Pero doña María empecinada, no daba su brazo a torcer. Como una jovenzuela, había redescubierto el amor y según le confesó a una amiga, no estaba dispuesta a renunciar así como así a su Fausto, por las politiquerías de su benjamín. Pero no sería aquel borrón el que quebraría de raíz su cuidadosamente proyectada carrera política, sino otros los hechos que, sin haber llegado a tener eco en los medios, corrieron como un reguero de

pólvora por los mentideros políticos, enfangando la moralidad, el honor, la hombría y el prestigio del brillante Diputado.

Eran tiempos difíciles, en los que ETA golpeaba un día tras otro a las fuerzas del orden con atentados de toda índole. Con los nervios a flor de piel, los agentes se encontraban desbordados, intentando responder a los imprevisibles ataques de la organización armada. Los partidos de la oposición pedían responsabilidades al Gobierno, denunciando su ineptitud para hacer frente a la situación, y los empresarios, extorsionados bajo amenaza del secuestro con el impuesto revolucionario, hacían otro tanto en demanda de protección. En aquella enrevesada coyuntura y a pesar de la gran responsabilidad que conllevaba su cargo, Pepín sacaba tiempo para mantener una relación adúltera con su secretaria particular, Marivi Peña, una rubia tan despampanante como tonta, pero de quien todo el mundo en la Diputación decía, que estaba como un tren.

La desmedida pasión por el sexo, era la inconfesable debilidad mejor guardada del Diputado, a quien todos creían no solo un fiel y católico padre de familia, sino bastante meapilas en asuntos de mujeres. De chaval, su falta de atractivo, hacía que las chicas le ignoraran. En los guateques, siempre le caía el muerto de poner los discos... así que, cuando llegó arriba, se desquitó. El dinero, los trajes a medida, sus gafas doradas, el aumento de peso que le daba una cierta redondez opulenta, los vehículos oficiales de alta gama, corrigieron su imagen desgarrada, haciéndola atractiva para muchos ojos femeninos atraídos por la erótica del poder, lo que desató su propensión a la lujuria, durante tanto tiempo contenida. Y así consiguió superar el estigma que, durante toda su vida había ocultado como un innombrable secreto, que le había impedido acercarse a las chicas, tener que recurrir al sexo mercenario y acarrear a cuestas con la fama de pajillero. El estigma era... que la tenía pequeña. Una limitación que, unida a su exacerbado erotismo, acabaría por convertirse en complejo y hundir su meteórica carrera política, en un partido, donde para echar un casquete había que santiguarse primero.

Era una noche de Noviembre, sin luna, fría y oscura como boca de lobo, cuando el Diputado y su secretaria tomaron el BMW 735 de vidrios tintados y dando esquinzazo a los escoltas, se fueron a un monte cercano, para en una apartada pista maderera, sacudirse un buen polvo, antes de volver a la paz del hogar. Cuando en plena faena, con los calzoncillos y bragas a media asta, ella le succionaba con fruición aquella cosita, como si fuera la de un negro de la NBA, los incontrolados espasmos de placer, le hicieron golpear reiteradamente con la rodilla la palanca de destellos. A aquella hora y en aquél desolado lugar, aquellos chispazos de luz podían ser interpretados como un sospechoso y encriptado sistema de señales y así las interpretó una dotación de la Guardia Civil, que patrullaba a la sazón por aquellos parajes. Y para allá se fueron los guardias con sus armas montadas, desplegándose al amparo de los pinos.

Cuatro números, al mando del sargento Francisco López Touriño, se aproximaron sigilosamente, rodeando al vehículo sospechoso, sin que su presencia fuera advertida por sus ocupantes, imbuidos como estaban en su batalla particular. Los vidrios tintados y velados por el vapor que transpiraban los fogosos cuerpos, no permitían ver nada de cuanto acontecía en su interior. Sin mover un dedo, los guardias se mantenían al acecho. Cuando la anhelante Marivi, abandonando el ritmo funcional, comenzó a meter la directa para conseguir que su jefe se desbordara en su profunda garganta de seda, éste, sin contención, comenzó a dar tales gritos, que en la soledad de aquel bosque, sonaban poco menos que a martirio.

– *¡Sigue, sigue!... ¡que me viene, que me viene!... ¡más!... ¡más!... ¡aaaaayyyyy!*

Fue entonces, ante aquella escandalera, cuando el sargento López dio el orden de intervenir. Las puertas traseras del vehículo se abrieron bruscamente y el político sintió en su parietal izquierdo, la boca tenebrosa y fría de un máuser negro como la noche. En décimas de segundo, la reluciente pistolita de Pepín se engatilló, encogiéndose rápidamente hasta convertirse en un pellejín, replegado en su cueva como un animalito asustado.

– *¿Qué hacen ustedes aquí? – preguntó con autoridad y poca inteligencia el sargento López*

ante la imagen evidente del Diputado despatarrado en el asiento, con los calzoncillos en el suelo y una rubia pelada a sus pies, a la que le babeaban dos hilos de semen por la comisura de los labios.

Con los ojos como soles y las bocas abiertas diciendo ¡oh! parecían alelados. Entonces el sargento elevando la voz les sacó de su atolondramiento.

– ¡Vamos salgan fuera!... ¡las manos en alto, donde yo pueda verlas!... ¡vamos fuera!

Había comenzado a caer una helada esteparia. Protegidos bajo gruesos capotes, los guardias se mostraban insensibles ante el frío que aquella pareja debía estar pasando con el culo al aire, las piernas abiertas y los brazos extendidos sobre el coche.

– ¡La documentación, rápido! – exigió el sargento.

– Está en mi americana... soy el Diputado General de la Provincia y esta señorita es mi secretaria – intervino muy digno el político.

– Ya... ahora las llaman secretarias... y claro... ¿estaban ustedes despachando... o despachando algunos asuntillos? – ironizó el sargento.

– Eso es una impertinencia agente – volvió a intervenir indignado el Diputado, que seguía con el culo al aire – no sabe usted con quién está hablando... se está usted jugando el puesto.

– Ya rapaziño ya, como tú digas – remató indiferente el oficial ante la amenaza, a la vez que le echaba una mirada bastante descarada a su minúsculo miembro.

– Paco – se dirigió a uno de sus números – llama por la emisora al cuartelillo y ponme con el brigada... y vosotros – dirigiéndose al resto – abrid bien los ojos y no dejéis de apuntar a estos dos pájaros, no vaya a ser que salga algún etarra por entre los pinos y nos pille cagando... ¡Y ya vale de mirar a la rubia carallo!

– Mi sargento – gritó desde el Land Rover el agente Paco – el brigada al habla.

– A la orden mi brigada... cambio...

– ¿Qué novedades hay López?... cambio...

– Nada importante mi brigada, que hemos pillao aquí en el monte, a una pareja haciendo señales con las luces del coche, mientras ella le hacía una apelación, que para sí quisiera uno... cambio...

– ¿Una qué?... cambio...

– Una apelación mi brigada... vamos, una mamada... cambio...

– Se dice felación López, felación, anda sigue... ¿pero están armados?... cambio...

– Negativo mi brigada... negativo... están en pelotas... bueno el con tirantes y ella... perdóneme mi brigada por la expresión, pero es que está buenísima... cambio...

– Bueno, sargento bueno, está usted perdonado, pero déjese esos comentarios que no vienen a cuento, y dígame ¿qué más novedades hay?... cambio...

– Pues nada más mi Brigada... bueno que dice que es Diputao... cambio...

– ¿Qué es qué?... cambio...

– Diputao mi brigada... de la Diputación esa... cambio...

– ¡Ah vaya! si es de eso, no es muy importante... ¿Y cómo dices que se llama López?... cambio...

– ¿Cómo decías que te llamabas figura? – le interpeló el sargento.

– Joseba Koldo Bilbao, y haga el favor de tratarme con el debido respeto agente – contestó envarándose el político a pesar de su facha, pues todavía seguía con el culo al aire.

– Ya... ya... – susurró el sargento volviéndole a mirar la polla – pero aquí en tu DNI pone que te llamas José Luis González...

– No sé muy bien mi brigada porque en su DNI pone José Luis González pero él dice otro nombre... Joseba no se qué... cambio...

– Bueno López... ¿pero la foto es la suya o no?... cambio.

– Afirmativo mi brigada... como dos gotas de agua... cambio.

– Bueno pues entonces José Luis González... ¿Y ella quién es... una puta?... cambio...

– Afirmativo mi brigada, afirmativo... bueno... puta... puta... la verdad es que no estoy seguro mi brigada...

– Pero López, qué coño me dices... ¿es o no es una puta?... ¡y di cambio como mandan las ordenanzas, no me andes tocando los cojones!... ¡cambio!...

– *A la orden mi brigada... Oye prenda... ¿tú serás puta verdad?... porque para conformarte con eso* – se dirigió el sargento a Marivì, a la vez que señalaba el pitilín del Diputado.

– *¡Ay Dios mío!... mira Joseba lo que me pregunta este guardia* – balbuceó entre sollozos Marivì dirigiéndose a su amado.

– *Ya le he dicho agente, que esta señorita es mi secretaria... ¡esto es una vergüenza!* – exclamó él saliendo en defensa de su dama.

– *¿Mi brigada, sigue usted ahí?... cambio...*

– *Sigo López... sigo... adelante... adelante... cambio...*

– *Pues la verdad mi brigada... el maromo dice que es su secretaria... pero, yo no sé qué pensar... cambio...*

– *Seguramente puta* – se contestó para sí mismo el brigada en voz baja.

– *¿Cómo dice jefe?... cambio...*

– *Nada López, nada, cosas mías... Pregúntale el nombre... cambio...*

– *¿Cómo te llamas prenda?* – preguntó de nuevo el sargento a la rubia.

– *Marivì* – contestó ella totalmente compungida en medio de un mar de lágrimas.

– *Dice que Marivì, mi brigada... cambio...*

– *¡Entonces puta López!... ¡entonces puta!... ¡hostias, qué poco mundo tienes, así cómo coño vas a salir de chusquero! ... vale López vale... anda, mételos al Land Rover y tráetelos para el cuartelillo... corto y cierro.*

– *A la orden mi brigada, vamos pallá... corto y cierro...*

Llegaron al cuartelillo. Les ficharon. El brigada les interrogó y como le dio la impresión que aquellos dos eran un par de membrillos, mandó que les dieran un bocadillo de chorizo, una Coca-Cola, una manta y los dejaran pasando la noche en calabozos separados. A primera hora de la mañana, se presentaban los abogados del partido con sus rostros serios, sus trajes grises y sus portafolios de cuero negro y una vez dadas las pertinentes explicaciones, los detenidos quedaban en libertad, sin necesidad de pasar por el juez de guardia.

En el partido demócrata cristiano, el asunto se tapó como se pudo y se dio la orden general de silencio. Se movieron los hilos necesarios y los medios de comunicación quedaron enmudecidos. Pero en la organización hubo marejada de fondo.

Marivì Peña fue inmediatamente degradada y trasladada a pegar sellos al departamento de bomberos, donde los apagafuegos le hicieron todo tipo de proposiciones deshonestas, empleando en ello el doble lenguaje de las mangueras. Al de un año, desquiciada, presentaba la renuncia y se volvía a su pueblo, en la provincia de Zamora, para casarse con un antiguo novio que siempre la estuvo esperando.

Joseba Koldo G. no volvió a aparecer en las listas electorales, perdiendo toda posibilidad de postularse para Lendakari, sin embargo, en cuanto acabó su mandato en Diputación, el BBVA piadoso y comprensivo con su desliz, como corresponde a un banco cristiano, le hizo hueco en su staff, nombrándole Consejero de Relaciones Institucionales para el País Vasco, con despacho en la planta dieciocho de la torre de Azka en Madrid, desde donde se dedicó a mover los hilos y a jugar al tráfico de influencias en el mundo de las Diputaciones y el Gobierno Vasco. Allí conoció a una chica pija de Serrano que trabajaba de periodista en TVE, con la que reharía su vida matrimonial y a quien no le importaba su ascendencia gallega ni la pequeña entidad de su miembro. Tienen cuatro niñas (lo que prueba, una vez más, la relativa importancia del tamaño) y corren rumores de que se han hecho del OPUS.

Karmele Goñi empezó a dormir sola y al año se separaba legalmente. Previa anulación de su matrimonio por el Tribunal de la Rota (según la sentencia por no consumación) dos años después conseguía el divorcio. Como suele suceder en estos casos, de acuerdo con las capitulaciones pactadas, se quedó con los niños, la vivienda familiar, las acciones de Iberdrola y Telefónica, las imposiciones a plazo fijo del BBVA, el apartamento de Mundaka y el coche grande. Hecho el reparto, aparcó a los niños en un internado de campanillas, se compró un estupendo apartamento en Puerto Banús y se aprestó a rehacer su vida, con la sustanciosa pensión, que Joseba Koldo G. le ingresaba religiosamente en su banco todos los meses. Quienes por allí la han visto dicen, que se ha quitado culo, se ha puesto tetas, se ha suavizado las

caderas, retocado su prominente nariz de vasca, estirado el rostro y modelado el cuerpo con no sé cuántas liposucciones. En fin, que parece otra. Cuentan las malas y envidiosas lenguas, que tiene un novio mulato, bastante más joven que ella, ex jugador de la selección cubana de voleibol (se lo ha traído de un viaje iniciático a la isla caribeña) que le ha quitado de la cabeza la creencia, de que a todos los hombres les colgaba entre las piernas una cosita más o menos como la de Pepín. Dicen también, que se ha convertido en una habitual de la noche marbellí.

Doña María, libre ya su retoño del yugo de la política, vendió el ático de la Torre Unzaga, se compró el deseado apartamento en primera línea de la playa de levante de Benidorm y se quedó a vivir todo el año bajo el sol del Mediterráneo. Las murmuraciones no le quitaron el sueño y sigue acudiendo todas las mañanas con un diminuto bikini, a tomar el sol en la playa. Al atardecer, se la suele ver por las cafeterías del paseo de Levante, acompañada casi siempre por elegantes caballeros bastante más jóvenes que ella.

A pesar de las presiones del partido nacionalista para que sus mandos le metieran un puro, el sargento López no recibió amonestación alguna, llegando a jubilarse a la edad reglamentaria (como ya le predestinara su brigada) con el grado de sargento. Actualmente reside con su esposa, en una casita que, ahorrando como buenos gallegos peseta a peseta, consiguieron levantar en su pueblo natal de Allariz.

Los medios, que lógicamente estaban al cabo de todo, ante las presiones políticas, optaron por callarse. Sin embargo, el boca a boca extendió lo sucedido hasta los mentideros políticos más apartados. Tan es así, que los sucesos relatados, fueron durante aquél verano, el chascarrillo de moda en el txikiteo de la colonia vasca, que pulula por la calle del Coño de Benidorm.